

HISTORIADORES CHILENOS.

ALONSO DE OVALLE,

I.

La conquista de América exijia que la España enviara sin interrupcion, las fuerzas suficientes para apoderarse de las inmensas rejiones descubiertas, fuerzas que encontraban su exterminio luchando contra la naturaleza del nuevo mundo o contra los pueblos que lo poseian. Nacion omnipotente entónces, queria fundar otros reinos i llenar de ciudades un continente cubierto de florestas i poblado de tribus mas o ménos civilizadas; pero como en todo acto de jeneracion no se puede dar la vida, sino a condicion de recibir la muerte, a causa de sus mismos establecimientos, la Peninsula quedaba desierta; porque numerosas emigraciones la abandonaban de continuo, buscando los unos el bienestar, los otros la gloria. Chile fué una de las posesiones que mas jente consumiò, pues se hallaba habitado por una raza de valor tan indomable, de arrojo tanto, que en uno de sus momentos de entusiasmo, concibió posible, no solo rechazar de su territorio a los invasores, sino que juzgó tambien de fácil ejecucion, arrojarlos del Perú i perseguirlos hasta el seno de la apartada Castilla (1), proyecto descabellado e insensato, si se atiende al estado de los Araucanos, pero que revela un denuedo digno de haber encontrado un Homero que lo cante i que manifiesta la dificultad de amansar a un pueblo animado de semejantes sentimientos. Bastaba con este solo antecedente, para pronosticar una resistencia de

esperada de parte de los salvajes, una guerra a muerte que forzosamente llegó a ser interminable, cuando guiadas por su acrisolado amor a la independencia las hordas bárbaras e indisciplinadas adquirieron el arte i táctica de sus agresores, quienes necesitaron que con frecuencia se les enviara tropas auxiliares para permanecer en un país que les costaba sangre i sudor en abundancia.

Uno de estos refuerzos que llegó el año de 1600 al socorro de la aflijida colonia, vino a las órdenes de don Francisco Rodriguez del Mazano i Ovalle, natural de Salamanca, de una familia noble i distinguida, que era dueño de un rico mayorazgo i señor de un gran número de villas i lugares. Abandonaba una patria en que era esclarecido i poderoso, sintiéndose arrastrado por el impulso de su época. Cada siglo tiene un pensamiento i una tarea que realiza la humanidad muchas veces por un movimiento irresistible. Desde mui atras, se pensaba con especialidad en descubrimientos jeográficos, al principio de un modo incierto i vago, volviéndose todos maquinalmente como la aguja se dirige al polo, ácia el lado en que debian encontrarse tierras de cuya existencia se tenia casi certidumbre, a pesar de no haber arivado nunca a ellas: en seguida los presentimientos se convirtieron en realidad i el hallazgo de un mundo recompensó de sus fatigas a la Europa, que armó una cruzada para marchar al occidente i posesionarse de un hemisferio sobre el cual se desbordó la multitud, atravesando el océano. El amor a lo desconocido influia fuertemente sobre las masas para emprender este viaje. ¿Quién no desearia i contemplar un continente con que se habia tropezado como por milagro, i que en breve fué el objeto de los cuentos mas maravillosos? Unos aseguraban que era el asiento del paraiso, otros habian visto vagar por sus comarcas hombres que andaban con cola como los monos i hombres que tenian un solo ojo en medio de la frente como los antiguos Cíclopes; i en fin, para que nada faltase, existian en él hasta poblaciones i ejércitos de Amazonas. Las personas de alta alcurnia i las de humilde linaje se sentian ademas atraidas a esta tierra de promision por el oro, metal en que el moralista reconoce tanta atraccion, como el físico en el iman. El deseo de fama empujada tambien a los magnates mas condecorados, que debian sentir su pecho palpar de emulacion, cuando llegaba la noticia que un simple aventurero, cuyos ante-

(1) Gay—Historia de Chile. Tom. I, Cap. XXII.

pasados no subian de hasta el Cid, o que no contaba entre sus ascendientes los bastardos de algun rei, habia conquistado por la fuerza de su espada imperios mas dilatados que los que habian heredado los Monarcas Españoles de sus abuelos.

Teniendo Felipe III que enviar socorros a Chile apurado por uno de esos ataques imprevistos en que los Araucanos convertian las ciudades en un monton de ruinas i satisfacian su zaña hasta con las piedras, ordenó a Ovalle levantase en Lisboa una tropa de jente escogida, con la cual habiéndosele juntado tambien algunos caballeros portugueses, se dirijió este jefe a Buenos-Aires en compañía de don Diego Valdes de la Vanda, su primo, que iba de Gobernador de aquel puerto, desde donde pasó a Chile en el primer gobierno interino de Alonso Garcia Ramon, sino es que ya fuese en el de su antecesor (1). Poco tiempo despues de llegado al país de su destino, se casó con doña Maria Pastene, hija de don Juan Bautista Pastene, el célebre piloto jennoves, que sirvió bajo la direccion de Valdivia. Dos hijos fueron los frutos de este matrimonio: Alonso el primojénito, que vió la luz en 1601, en la capital del reino, i Jerónimo, que nació despues. Ambos, cuando tuvieron la edad competente, fueron puestos para hacer sus estudios en el colejio que los Jesuitas habian fundado en la capital.

Nadie se desvelaba entónces por la educacion que los niños recibian. Con tal que aprendiesen a garabatear su firma, los rudimentos de la lectura, i de la gramática, lo que llamaban filosofia, i esto no todos, sobraba. En cuanto a la aritmética, ¿para qué?. Los mas recargados de negocios llevaban sus cuentas, haciendo pequeñas rayas verticales sobre una línea horizontal i calculaban con los dedos. Los nobles i los ricos arrojaban sus hijos a la escuela, como animales a un corral, sin inquirir jamas sobre su comportacion o sus adelantamientos. Juzgaban el saber incompatible con el dinero, pues se aprendia con el único fin de ganarlo, asi que las familias acomodadas, como la de Ovalle, si consentian en que sus hijos estudiasen, era para que los chiquillos no les espantasen el sueño, durante la siesta o los perturbasen en su celeste beatitud. Cada día se encaminaban los muchachos a las aulas para no aprender mas que la ociosidad, cargados como bestias por enormes bolsones en que a guisa de alforjas encerraban revueltos libros, pizarras, frutas i golosinas, con la

(1) Alonso de Ovalle. Breve relacion del reino de Chile. Lib. VI, cap. XVIII.

convicción íntima de que cuanto oía a ciencias era cosa correspondiente a sacerdotes o abogados. En tan lamentable estado tomaron a su cargo la instrucción los Jesuitas, quienes le dieron un rumbo provechoso a sus intereses. Acostumbraron la juventud a la obediencia, le infiltraron poco a poco sus principios i zanjaron un cimiento sólido para su futuro poder, disponiendo despóticamente de la educación de la infancia, en que nadie se entrometía por la inercia i la incuria, i operando entre los jóvenes una revolución en favor suyo, subterránea, pero segura.

Los dos hermanos Alonso i Jerónimo pasaron al principio su vida de estudiantes en una apacible tranquilidad adulados de sus maestros i por consecuencia acatados de sus condiscípulos; pero bien pronto comenzó para ellos una prueba difícil por la oposición de las máximas que en el colejio se les infundían, i la conducta que sus padres les mandaban observar. Según estos, era cumplir con un deber de su rango el presentarse en todas las fiestas i regocijos con el lujo que su privilegiada casta exijía; el esplendor que los rodeaba debía mostrar a los otros quiénes eran i dar realze a una aristocracia que se fundaba en la sangre i en el caudal: de suerte que donde quiera que se encontraban dejaban desairados con su magnificencia a los mas opulentos señores. En los paseos públicos atravesaban la ciudad al galope de briosos caballos ricamente enjaezados, vestidos de terciopelo, relumbrando por las cadenas de oro i plata conforme a la moda, i flotando al aire las plumas de sus gorras. Pero cuando concluía el bullicio i llegaba el cansancio, cuando al otro día, mustios, ocupaban de nuevo los bancos de la escuela, entónces se les reprochaba allí ese fausto i se les demostraba la vanidad de los placeres terrestres i la fealdad del orgullo, presentándoles el convento como el único puerto de salvación en el cual pudiesen zafarse del torbellino en que se les había lanzado i que los conducía tal vez a una pérdida eterna. Los Jesuitas trabajaban con tesón por conquistar esas dos almas, por poseerlas a despecho de cuantos obstáculos se opusiesen, i como estos eran muchos, el combate fué tenaz, el resultado estuvo indeciso largo tiempo, porque las fuerzas contendientes eran casi iguales. Por un lado, halagando las pasiones humanas, estaba la autoridad paterna que ordenaba i que era necesario obedecer; por el otro se obraba sordamente con esa influencia que adquiere el profesor sobre el alumno, o mas bien, con esa omnipotencia que es imposible no obtenga a la larga un director suspicaz que atiende al corazón i

a la cabeza de sus discípulos, i no deja brotar sino las ideas i sentimientos que juzga buenos i convenientes.

La presa merecia por cierto disputarse, importaba un amigo, i ¡quien sabe! un colega. La fortuna ayuda siempre a los audaces, i los Jesuitas no se acobardaban por nada. Con un arrojo sin igual echaron la vista sobre uno de los dos niños confiados a su cargo i, comprendiendo el auxilio que podia prestarles en el porvenir, se empeñaron en enrolar entre sus filas al mayor de los dos hermanos, a Alonso, rico heredero i presunto jefe de una familia poderosa, que les ofrecia un apoyo mas firme que el menor, Jerónimo, segundon que para granjearse despues alguna consideracion social tenia por fuerza que optar entre ser fraile o soldado. Llenos de prevision, quisieron alistarle a toda costa en su milicia a lo que el jóven se inclinaba tanto por educacion como por carácter. Aficionado al estudio i en medio de una colonia que pasaba dia i noche con el fusil en mano a consecuencia de la prolongada guerra con Arauco, amando la virtud i rodeado de una soldadesca de costumbres desenfrenadas, consideraba la Compañía como un asilo en que podia entregarse con libertad a las prácticas i meditaciones a que su gusto le arrastraba.

La Congregacion Jesus, vasta en miras, necesitaba para sus fines obreros de toda clase reclutándolos donde quiera que los encontraba, i una vez en su seno le daba a cada uno la ocupacion conveniente a sus deseos i a su carácter. Para las personas entregadas a las ciencias i a la relijion tenia la cátedra i el púlpito, la política para el astuto i el ambicioso, i a las almas ardientes i apasionadas les presentaba las misiones, en las que a fuerza de peligros se sometia un pueblo por medios pacíficos o se obtenia la palma del martirio. Habiendo, pues, trabajo para todos no era extraño que fuese tan numerosa i que Alonso buscase el sosiego, que en valde apetecia en el retiro de su gabinete, en una sociedad que bajo ese respecto le ofrecia ventajas, i que disponiendo de tantos recursos salia siempre vencedora en sus empresas a pesar de sus muchos enemigos.

Los directores que con ojos de lince atendian hasta los confites, premios i juguetes que debian obsequiar a los niños cuya cooperacion conjeturaban provechosa para adelante, no tuvieron mucha dificultad en atraer a Alonso que amaba el silencio del claustro i no se veía, sino en la celda, bastante libre de costumbres que le parecian perjudiciales para soltar la rienda a sus inclinaciones predilectas; así que uniéndose la seduccion al disgusto que

sentia por una sociedad guerrera i corrompida, formó el propósito de profesar en la Compañía; pero ¿cómo conseguir el permiso de su familia? Consultó con los Jesuitas, quienes le abrieron de par en par las puertas de su Instituto i le recibieron con los brazos abiertos, aunque conociendo las dificultades que a su entrada se oponian, le aconsejaron el mayor sijilo sobre una resolución, que ellos mismos habian inspirado, i que aguardase un momento favorable para declararla.

No tuvo que esperar mucho tiempo, porque su padre le puso en una situacion tal que una ruptura fué inevitable. Deseoso de que su árbol jenealójico estendiese sus ramas por dos mundos, resolvió enviar a Alonso a España para que tomase posesion del mayorazgo de que allá eran dueños i perpetuase su raza en la Peninsula, miéntras que Jerónimo se quedaria en Chile recibiendo por herencia la fortuna recién adquirida en este pais que le permitia mantenerse con un lustre igual por lo ménos al de su hermano. Esta disposicion no dejaba escapatoria, era preciso bajar la cabeza i renunciar a las mas caras esperanzas, o chocar abiertamente con el despotismo paternal. No vaciló, pues, en resistir i tomar el hábito, trepidando solo en los medios de realizar este proyecto. El huir secretamente de su casa como un ladron que teme lo sorprendan, una profesion oscura i sin brillo, un consentimiento debido a las súplicas i a los ruegos le parecian cosas poco honrosas, poco dignas de la justicia de su causa: era en cierto modo confesar que obraba mal. Al contrario, despedirse de la sociedad en los momentos de una fiesta, cuando hermoseedada por la alegria se le presentaba alhagüena brindándole con el placer i acatándole por linaje; decirle adios en ese instante a la faz de un concurso numeroso vanagloriándose de su eleccion, era darle una prueba del desprecio que le profesaba, i rendir un tributo de homenaje a una institucion en que entraba sin ser engañado por la ignorancia o el error.

Resolviéndose por este partido aguardó con impaciencia algun dia famoso en los anales de Santiago por ser de solaz i recreo para toda la poblacion, i cuando llegó ese dia tan ansiado, se armó galan vistiéndose con el traje mas hermoso, pidió el mejor de sus caballos con gran asombro i aprobacion de sus padres que deseaban verle siempre así; i salió con su hermano como ganoso de lucirse en un paseo de los mas espléndidos i concurridos. Apenas apareció en él, todos por un movimiento espontáneo admiraron al bizarro caballero alabando la gracia i

apostura de su cuerpo, la magnificencia de sus adornos; pero acabó la tarde, con la tarde la luz, con la luz los aplausos, i cansado de representar una comedia cuyo desenlace preveia, al retirarse a su casa, pasó con disimulo por la calle de la Compañía i deteniéndose en la puerta del convento, echó pié a tierra, entregó la brida del caballo a su escudero i votando sus suntuosos atavios con tanto desden, como un rei de teatro se despoja de los oropes que lo disfrazan, dejó atónito con estas palabras a Jerónimo, de quien habia recatado su decision: «Hasta aquí, hermano mio, e obedecido a mi padre i cumplido con aquellas que vosotros llamais obligaciones del nacimiento i de la sangre; bien ves el afan i cuidado en que hemos empleado el dia para que el aire en un paseo se lleve con sus ondulaciones nuestro gusto i en breve tiempo nos deje por fruto el cansancio; yo apetezco aquellos gustos que ni afanan, ni empalagan, ni desaparecen, ni rinden; asi voi a vestir la inestimable gala de la santa pobreza en la sotana de la Compañía. A mi padre i a mi madre di que den a Dios gracias por haberme e concedido a mi esta dicha i a ellos un hijo que la logre i que nunca mas hijo suyo que cuando mas separado, pues vivo suyo en Dios» (1) i hablando i haciendo entró en el claustro a pesar de los esfuerzos de su hermano, que por no ser correo de esta novedad, con instancia le suplicaba demorase la ejecucion de sus designios. Ocurrió esto en 1618, teniendo Alonso 17 años solamente.

La cólera de su padre D. Francisco de Ovalle, cuando tuvo la noticia de esta fuga, fue terrible. Irritado tanto por ver burladas sus esperanzas como por la desobediencia de su hijo, corrió furioso a reclamarle al convento de S. Miguel, donde el P. Pedro de Oñate le recibió con severidad. D. Francisco se desabrochó entónces en baldones i demuestos; el provincial le contestó con orgullo que estando Alonso dotado de razon i libertad, ningun poder humano podia sacarlo del lugar en que se habia refugiado. D. Francisco no le dejó concluir i le volvió las espaldas, jurándole que lo arrancaria por la fuerza a despecho de cuantos intentasen oponérsele.

En efecto, poderoso por sus riquezas, derramando el oro a manos llenas, puso en movimiento un ejército de letrados, jueces, alguaciles, procuradores, escribanos, ajentes i ministriles, quienes citando leyes i presentando escritos, i acudiendo ya al gober-

(1) CASSANI, Glorias de la Compañía de Jesus T. II. De donde se han tomado la mayor parte de los hechos.

nador, ya al provisor, ya al tribunal eclesiástico, ya al juzgado civil lograron zafarlo a medias de las garras de los Jesuitas; pues se ordenó que se depositara al jóven, mientras se resolvía la cuestión en otra comunidad, terreno neutral, en que estuviese libre de las baterías de ambos partidos hasta la resolución del pleito; pero fue en vano, porque las sujestiones de los dos bandos lo persiguieron también allá, aunque Alonso era siempre de hierro ante los enojos, la desesperación, las súplicas i las promesas de su familia. Temiendo la lentitud i principalmente el resultado del proceso a causa de esta resistencia enérgica, los amigos de la familia trataron de anticiparse a la sentencia por un golpe de mano, seguros de la impunidad en todo caso i creyendo librar a uno de sus compañeros de la fascinación que ejercía sobre su espíritu una corporación que muchos de ellos detestaban. En valde la cohorte de lejistas asegura que a su voz no hai cerrojo que no se descorra, candado que no se abra, porque aburridos de los interminables trámites judiciales i recelosos de un desaire, buscaron como cortar el nudo ya que no podían desatarlo, i urdieron con el fin de robarse al depositado un complot que debía estallar en el tumulto de una fiesta, íntimamente persuadidos de que ocasionaban la felicidad del futuro Jesuita oponiéndose a su vocación, i que por consiguiente tarde o temprano había de perdonarles el rapto de su propia persona.

Aguardaron con este objeto el natalicio del gobernador, que la municipalidad solemnizaba cada año con toda especie de diversiones, i anunciaron para ese día una magnífica mascarada que al son de música i de estrepitosos vivas debía recorrer las calles de Santiago, so color de festejar a la autoridad. Habiendo discutido i acordado bien el plan, los conjurados se reunieron en el punto prefijado ocultando sus proyectos bajo un aparato ridículo i grotesco. Todos, según el convenio, concurrieron a la cita a pie o a caballo con el rostro tapado por una máscara i vestidos de trajes extravagantes i caprichosos; pero llevando por abogados, excelentes puñales ocultos debajo de sus ropas, bien resueltos a emplear la fuerza en caso de resistencia. Luego que llegó el último formaron entre todos una bulliciosa pandilla que se puso en marcha, en medio de las atronadoras salvas de cobetes i voladores, comenzando entre ellos un fuego graneado de chistes i gracias que ponían de buen humor a los transeuntes. La bandada ya bastante numerosa en el principio, se acrecentaba sin cesar con el

inmenso jentío que recojía en el camino. Las personas que sorprendidas por el ruido salían de los cuartos i de las casas, atraídas por la curiosidad corrían en pos del tropel que se aumentaba de este modo sin cesar, como esas bolas que arrojadas sobre la nieve se agrandan mas i mas mientras mas ruedan. Al cabo de poco tiempo el pueblo entero estuvo en movimiento i la multitud se desbordaba por la calle, azotaba en las paredes caminando atropellada i confundida, inmensa barahunda de hombres, mujeres i niños de todas edades i condiciones que gritaban i se empujaban, ensordeciéndose i estropeándose los unos a los otros i que recibía impulsos de los enmascarados fautores de la conspiracion, quienes, para ejecutar sus planes, dirijieron este torrente acia el convento en que Alonso de Ovalle estaba encerrado.

He aquí cuales eran sus designios. Es sabido lo golosos que son los frailes de espectáculos públicos, como que de pocos participan, asi que cuando en ellos no son actores, como lo son en las procesiones, les gusta en extremo apilarse en las puertas de sus claustros para presenciar la funcion, i si se les cierra la puerta se trepan al campanario i la contemplan desde lo alto de la torre i si se les prohíbe el campanario los mas jóvenes i emprendedores (hablo de los coristas i novicios), aparecen muchas veces en los tejados o en la copa de los árboles que crecen en el patio, siguiendo aquella inclinacion tan natural que tenemos a divertirnos. Se conjeturaba, i con razon, que Alonso no dejaria de presentarse entre la comunidad, en cuyo caso el triunfo era indudable. Los conjurados de a caballo auxiliados por los de a pie, desconocidos todos por sus caretas, en una de las oscilaciones de las masas, se arrojarían sobre él i lo conducirían al centro de la muchedumbre, llevandose lo prisionero para ponerlo en libertad solo a la condicion de renunciar a sus proyectos. Un medio de encontrarlo en aquella vorájjine víva si alguien intentaba oponerse i resistir! Su débil voz iba a ahogarse en el estruendo formado por los gritos que se escapaban de millares de gargantas, su cuerpo iba a sepultarse entre un pueblo que hormigueaba i se apiñaba a cada minuto. El que se sumerje en el océano no deja huellas sobre los aguas.

Entretanto la alegre mascarada continuaba frenética su marcha, i despues de haber recorrido los barrios principales de Santiago iba a coronar su propósito, 'atravesando la calle en que estaba situado el convento que servia de depósito al disputado jóven. Desde que pudo apercibirse, los ojos de los conjurados

se dirijieron maquinalmente acia la puerta en que estaban agrupados los religiosos i sus manos se alargaron involuntariamente en la misma direccion. Un momento todavia i la victoria era suya. En fin, la multitud pasó por delante de la puerta, un segundo bastó para contar i reconocer los sacerdotes que la ocupaban, pero ¡oh! rabia! Alonso no estaba entre ellos. Habrian querido detenerse, pero la turba ignorante del drama en que representaba un papel tan principal, continuó su camino sin inquietarse por nada, siempre ahullando, siempre corriendo pero sin causar el menor mal, como esos huracanes que atraviesan los desiertos, hasta que por último desapareció en el otro extremo de la calle.

Los buenos Padres, riéndose a carcajadas, conversaban todavia de las agudezas i vestidos de las máscaras, cuando vieron con asombro que la multitud desembocaba de nuevo por el mismo lado por donde habia venido al principio. En efecto, los individuos complotados, rabiosos por la inutilidad de su ardid i por el temor del ridiculo si salian burlados, resolvieron, a riesgo de comprometerse, intentarlo todo ántes que abandonar el campo derrotados; i volviendo con el pretexto de divertir a la comunidad se detuvieron esta vez delante del claustro un largo rato hasta que cansados de pesquisas infructuosas, despues de haber mirado por todas las rejias, asomándose a todas las puertas i ventanas, despues de haber escarbado en fin por todas partes, uno de los disfrazados, no pudiendo contener su impaciencia, preguntó en voz alta por Alonso. «El hermano Alonso, replicó uno de los religiosos, no se encuentra con nosotros, porque está fatigado, segun dice, de haber llevado tanto tiempo su máscara en el carnaval del mundo.» Con semejante respuesta no quedaba motivo alguno de aguardar una probabilidad favorable, porque, o Alonso aborrecia de veras los placeres terrestres, o habia descubierto la red que le tendian i en ambos casos, escondido en el fondo de su celda, era imposible arrancarlo de este santuario. Poner sitio i asaltar, como a un castillo, un convento, ademas de traer consigo esta empresa terribles consecuencias era un sacrilejio que no entraba siquiera en la cabeza de Castellanos, así que todos tuvieron que volverse a sus casas pensativos i cabizbajos con la verguenza en el rostro i el resentimiento en el corazon.

El padre de Alonso vió en este acontecimiento el dedo de la Providencia que por medio de un milagro le mostraba que era

verdadera la vocacion de su hijo; desde entónces no se opuso i empeñó su palabra de caballero de no hacer resistencia alguna para la profeson de Alonso. Los Jesuitas dudaron de la hidalguia de esta promesa i sintiendo que el fuego se ocultaba debajo de las cenizas se apresuraron a enviar al néofito a Córdoba de Tucuman, casa única de provision para Chile i Buenos-Aires que con respecto a la organizacion de los Jesuitas formaban una sola provincia. No bien tuvieron noticia de esta partida los jóvenes de la mascarada, cuanda concibieron la idea de tomar una pronta venganza de su derrota anterior robándose al viajero en el camino. En medio de vastas soledades cruzadas por angostas i escarpadas sendas, ocultos entre las rocas o los árboles, nada mas fácil que apoderarse de Alonso i obligarle de grado o por fuerza a renunciar a su funesta idea de tomar el hábito de la Compañia; i en caso de resistencia, la morada de su padre, cuyo consentimiento les parecia arrancado por sorpresa, le serviria de prision hasta que desistiese de su empeño. Habiendo averiguado el dia i hora de la partida, montaron a caballo en un número bastante considerable i armados hasta los dientes fueron a emboscarse en el lugar mas apropósito. Aguardaron allí agazapados como bandidos tanto tiempo inútilmente, que muertos de cansancio tuvieron al fin que volverse a la ciudad vencidos otra vez en astusia por los Jesuitas, quienes, sin duda, despues de haber esparcido falsos rumores, habian avanzado o retardado el viaje, o disfrazado a Alonso, que atravesó de este modo desconocido por entre sus propios amigos o enemigos, que ambos nombres merecen. El novicio comenzó pues su iniciacion en la regla de los Jesuitas en una provincia distante de Chile que no estimaba mucho por ser el teatro de tantos sinsabores, principiando en ella una existencia nueva, de la que la otra mitad de su vida no habia sido mas que el prólogo.

G. VICTOR AMUNÁTEGUI.
